

X.

A DONDE VA UNA MUJER QUE CAE.

Octavio hubiera querido volver á ver á Genoveva, mas la presencia en Paris de la señora de Entraygues, no hizo mas que apresurar su vuelta á Paris. Tenia miedo de que la señorita de la Chastaigneraye no le visitase; temia tambien que la presencia de la condesa edificase poco á la comarca. En Paris, todo lo desafiaba; pero no queria que aquel castillo natal, donde hallaba tan vivo el recuerdo de su padre y de su madre, fuese el teatro de sus aventuras galantes.

Asi, pues, en aquella misma noche, Octavio partió con la señora de Entraygues, bajo el pretexto de que todo, en el castillo, estaba desorganizado y no podia dar hospitalidad á una mujer del mundo cual ella.

Se habia enamorado de Violeta y se enamoró de la señora de Entraygues, haciendo de su corazon dos partes: una para lo ideal y otra para lo real, es decir, el sueño y la pasion; la una para la condesa y otras mugeres semejantes: la otra para la señorita de la Chastaigneraye.

Al volver á Paris, la señora de Entraygues levantó un poco mas su velo: empezaba ya á no ruborizarse, y se familiarizaba con los horizontes nuevos. Co-

mo no tenia casa, no hizo cumplidos en aceptar la de Octavio, el cual, por su parte, creia que no guardaria mucho tiempo á una querida que heria los ojos de Paris entero. Por lo demás, era una muger hermosa, algo romántica, pero llena de alegria y talento. Se condenaba en voz alta á Octavio; mas se le envidiaba por lo bajo.

Esperando que no guardaria á la señora de Entraygues mas que algunos dias, hallaba un irresistible encanto al vivir con ella. Habia transcurrido una semana, gozando, corriendo y haciendo una vida color de rosa. Pensaba vagamente en hacer con ella un viaje á América, cuando le escapó sin decirle adios.

El príncipe Azul, el único que habia sido admitido á aquella intimidad amorosa, iba, todas las noches á las doce, á tomar el té á casa de Octavio. No habiendo perdido este su antigua costumbre de andar de aquí para allí, el príncipe Azul encontró dos veces sola á la señora de Entraygues.

El príncipe que debia mucho á Octavio, le habia de deber tambien el favor de tomarle la señora de Entraygues. Tenia sus horas de seducción y la señora de Entraygues tenia sus horas de curiosidad. A los ocho dias, cuando Octavio entró á la una de la madrugada, su camarera le dijo que el príncipe Azul y la condesa habian salido para ir delante de él. Habian ido tan adelante, que pasaron veinte y cuatro horas sin que les encontrara.

XI.

MONJOYEUX Y SUS COMPAÑEROS DE AVENTURAS.

Octavio contaba con varios amigos, entre otros con Leon Ramée, Monjoyeux, el vizconde de Miravault, el marqués de Saint Aimour, el príncipe Azul, pseudónimo de un gran nombre ilustre, que salvaba discretamente las humillaciones de la miseria.

Cinco amigos. La casa de Sócrates hubiera sido demasiado grande.

Habia además otros amigos que se decían, tan solo, buenos días, buenas noches. Se está muy contento al encontrarlos, pero se está mas contento al perderlos.

Leon Ramée era un amigo del Eliseo y un compañero de viaje: habían filosofado juntos bajo el pórtico de Luis el Grande y en Atenas bajo el verdadero pórtico de los filósofos. Eran casi vecinos. El pintor se había construido un taller en la avenida Ingres, donde vivía en la religión de los dioses de Homero. Decía que Júpiter tronaba siempre en el Olimpo.

Se veían con frecuencia, pero en el cortejo de las locuras parisienses. Octavio decía de Leon: «Es mi conciencia.»

El príncipe Azul era mas bien un compañero de aventuras que un verdadero amigo. Lo mismo he de decir del marqués de Saint Aimour y del vizconde de Miravault.

Lo que existe de mas engañador en Paris, no son las mujeres sino los hombres.

En rigor se puede encontrar una querida que no os haga traición. Pero donde encontrar un amigo cuya mano sea siempre leal en la vuestra? un amigo que es la luz del corazón y el cordial del espíritu; es el espejo de la verdad, donde veis pasar vuestra vida; es vuestra conciencia, es vuestro presentimiento, es vuestro recuerdo. Pero donde se encuentra este amigo? hallais á cada paso al amigo parásito que ha olvidado su bolsa; al amigo burlon que carece de alma; al amigo político que se indigna contra el gobierno por que su almuerzo está mal guisado ó su vino no le gusta; al amigo espiritual, que solo dice sandeces; al amigo egoista, que pondría fuego á vuestra casa por freir un huevo; al amigo imprudente que pretesando vuestra dignidad os hace matar en un lance de honor; al amigo donjuanesco, que os roba vuestra Aglae, ó que, por venganza, la pierde en vuestra alma; al amigo celoso que os hace pagar vuestros triunfos con venganzas ocultas. Qué añadiré? solo existe un ejemplar del verdadero amigo, en tanto que hay mil del malo.

Esta es la historia de siempre.

Octavio tenía un amigo de la infancia, un amigo

de la juventud, un amigo del corazón: este era Leon Ramée.

Tenia veinte amigos que no eran sus amigos, compañeros que fumaban sus cigarros, jóvenes, muchachas y caballos. Un día desaparecen por seis meses; vuelven á mostrarse y entonces se observa que no se había pensado ni una sola vez en ellos: tan desprendidos se hallaban de la vida. «Ah! eres tu Jorge? no te había visto hace días.—Lo creo: he pasado el invierno en Egipto.—Te has divertido allí? —Descubrí un Faraon que tenía en sus manos granos de trigo que he sembrado en mi casa.—Cenemos juntos?—Sí, hablaremos de Cleopatra.»

Y se cena, se habla, se escucha á las compañeras que acompañan á la fiesta, no se dice una palabra interesante y los amigos se dejan sin haber penetrado en el espíritu y en el corazón del viajero.

La verdadera amistad es mas curiosa. Interroga porque el amigo se encuentre en el amigo, porque el ausente se ha llevado hasta el fin del mundo una parte de vuestra alma.

Octavio tenía un segundo amigo, un escultor sin taller, un cómico sin teatro que esculpía en lo ideal y que representaba las piezas dramáticas con un gran talento.

Octavio había tenido un desafío con él porque en una cena de cómicas Monjoyeux—que este era su nombre—había prohibido á Octavio que bebiera en el vaso de la señorita Aurora, una ingénuu que en

aquella noche había dado ya tres citas con la ingenuidad de una ingénuu. Solo las mujeres de mundo que han caído en el medio mundo pueden cultivar la desvergüenza con la frente descubierta. Monjoyeux se batió con una espada llena de lo imprevisto y de recursos. Octavio fué herido y se le rompió la espada. Dijo á sus testigos que su adversario le maravillaba. Cesó el duelo.

—Caballero, me dareis una revancha.

—No, caballero: solo me he batido porque mañana tengo que celebrar un gran duelo en un papel que estreno.

Esta frase se halló digna de un verdadero artista. Se separaron los amigos y al siguiente día Octavio llevó todos los suyos á aplaudir á Monjoyeux.

Desgraciadamente el drama no gustó: se pudo salvar la escena del duelo haciendo milagros y los silvidos fueron la última palabra de aquella obra maestra.

Pero Octavio y sus amigos consolaron á Monjoyeux con una cena brillante.

Monjoyeux riñó algunos días despues con el director de escena. No quería representar los papeles de traidor ni los de barba. Y como los demás teatros tenían ya su primer actor acreditado, se encontró en la calle, siendo así que era un grande artista al cual nadie comprendía.

Octavio le encontró en varias partes. Le encontró en su miseria digna y caballeresca, representando

dentro bastidores su papel de mosquetero ó de D. Juan. Le invitó á cenar con las mismas cómicas. Sus amigos quedaron sorprendidos ante aquel talento mitad galo, mitad parisiense, que se deslizaba tan alegremente sobre los manteles.

Se le invitó al otro día, despues al otro y despues siempre, tanto que su teatro era el Café Inglés. Allí fué donde improvisó sus papeles durante el invierno, contento de su público, aunque reconociese que el público del boulevard del Crimen fuese aun mejor.

Aquella éra una figura del siglo diez y nueve con todas las aspiraciones y todas las decadencias que nos apasionan y nos desencantan. Habia partido desde el último peldaño de la escala social: Monjoyeux no era su nombre: era un apodo, un apodo de buen augurio. Su padre, que era un trapero de la calle Gracieuse, le arrastraba con él en sus escursiones nocturnas. El niño era tan alegre á pesar de la lluvia, de la nieve y á través de la tempestad ó de la brisa, que el trapero le llamaba mon Joyeux (1) bien como hubiese podido llamarle mi Ganapan.

Monjoyeux carecia de estado civil: su madre le habia dado á luz en las antiguas canteras de Montmartre, ella no habia juzgado muy útil dar parte de esto al Alcalde, tanto mas, cuanto, en aquel hermoso periodo de su vida, se consideraba pertenecer al barrio número XIII, toda vez que carecia de domicilio fijo.

(1) Mi Alegre.

Monjoyeux, que entonces no reia, estaba muy bien alojado, toda vez que habia elegido por domicilio el seno de su madre. La buena mujer no estaba casada; mas era fiel á su compañero nocturno; Monjoyeux no era pues el hijo de treinta y seis padres. Jamás supo si habia sido bautizado y no conocia su nombre de pila; se le llamaba alguna vez Juan, como á su padre; pero mas frecuentemente Monjoyeux.

Pradier fué quien decidió de su suerte. Cierta mañana en que el niño no habia apagado su linterna y en que estaba ensimismado contemplando los grabados de una estamperia del muelle Voltaire, Pradier se detuvo en frente suyo, encantado de su pequeña figura á la Chardin. Era como un viejo grabado de Saint-Aubin; ya recordareis aquellas hermosas estampas: los Pequeños polizontes de Paris.

Pradier le dirigió la palabra. Era entusiasta de las escenas callejeras y de los estudios al aire libre. Quién no recuerda el haberle visto retroceder en su camino y seguir esas figuras de carácter que únicamente los verdaderos artistas saludan á su paso?

—Qué diablo buscas, hijo mio, con tu linterna encendida? le dijo. No ves, pues, el sol?

El niño miró á Pradier con los ojos cual puños: era la primera vez que un hombre de levita le hablabá sonriendo.

—Busco á mi padre.

—Es un hombre tu padre, mi querido Diógenes?

—No señor, es un trapero.

—Entonces le encontrarás por la noche: vente conmigo y te daré cien sueldos.

Monjoyeux pareció que no comprendía; mas siguió á Pradier que le condujo á su taller de la calle de la Abadía.

Luego que el escultor cogió un lápiz para trazar un croquis, el niño comprendió algo.

—Ah! sí, dijo: haceis estátuas. Oh! qué hermoso es el mármol.

—Donde has visto el mármol?

—En las iglesias. El mármol me gusta mucho: cuando paso frente al jardín de las Tullerías daría un sueldo por entrar en él. Pero alto allí! este no es el jardín de la canalla.

Voltaire llamaba á la iglesia la *Opera de los miserables*. Hé aquí una de sus impertinencias filosóficas. Digo *filosóficas*, porque no era una frase vana. La iglesia es el palacio de los miserables. El templo inicia al pueblo en el sentimiento de lo Bello y de lo Bueno, estas dos fuentes paralelas que se encuentran donde confluye todo lo grande. Los revolucionarios que cerraron las iglesias no fueron tan solo deicidas sino homicidas. Querian matar el alma. La iglesia es la grande escuela: enseña á Dios, el Arte, la Poesía, la Música á aquellos que no tienen tiempo de escuchar á los maestros. Si un pobre diablo que nunca ha abierto los ojos á la luz cruza una iglesia, Dios le habla por los ojos, ya que no por la voz del alma. Ante las obras maestras de la estatuaria y la pintura,

oyendo las grandes sinfonías del órgano, que son como las voces divinas dominando las humanas, se detiene abismado en una admiracion sorda, pero ya inteligente. Si no siente la presencia de Dios, admira al hombre en sus obras. Esto es ya un paso luminoso. Cuantas iglesias hay que en la edad media fueron el museo de donde salieron ejércitos de artistas! Observad que la gramática del arte habla en ellos desde el alfa hasta el omega. El robusto obrero encuentra allí su punto de partida en el corte de las piedras, en las obras de cerrajería, en la escultura ornamentada como el oscuro buscador que bien dotado por la naturaleza, será, algun dia, un Giotto, un Juan Goujon ó un Lulli.

Abrid los palacios al pueblo; mas no le cerreis nunca las iglesias.

Estos fueron los pensamientos de Pradier, al escuchar al niño que tenia en frente suyo.

—Si quieres tanto el mármol, por qué no te quedas conmigo?

—Oh! sí, interrumpió Monjoyeux; pero que diria mi madre?

—Ah! tienes madre? Y bien, le señalaremos una renta para que te deje en libertad.

Monjoyeux no estaba ya quieto: bailaba.

—Sí, pero, añadió con tristeza, no veré mas á mi madre.

—Irás á verla y ella vendrá á verte.

—Pobre mujer! podria entrar aquí con sus harapos?

—Sí, sí, dijo Pradier; esto no es como el jardín de las Tullerías. Toma: te prometí cinco francos: llévalos á tu madre.

Y le dió un luis.

Monjoyeux lloraba de alegría.

—Véte, pobrecito, y si mañana aun te gusta el mármol, vente aquí para siempre.

Monjoyeux volvió al taller en aquel mismo día. Pradier le dió un lápiz. No quedó poco sorprendido al ver que el niño dibujaba. Hasta entonces aquel pillete se habia ejercitado en los muros de París, mientras que sus camaradas escribían máximas en ellos.

Se han publicado los muros revolucionarios: tambien se podrian publicar los muros artísticos y literarios. A los diez y ocho años, Monjoyeux iba á disputar el premio de Roma cuando murió Pradier. Este fué el primer dolor de su vida. Perdió en el concurso, y perdió porque era tan libre en el dibujo: á semejanza de Pradier, queria que el mármol hablase.

Todas las bellas artes dan la pobreza; mas la escultura dá la miseria.

Seis meses despues de la muerte de Pradier, carecia de taller y de mármol. En vano llamó á muchas puertas: su mano era orgullosa y discreta y las puertas se cerraron. No habia tenido hasta entonces mas que dos verdaderas pasiones; dos originalidades: Pradier y Federico Lemaitre.

Desesperando de la escultura, se hizo cómico. Representó el drama y la comedia con el carácter de

los grandes artistas. El niño delicado se habia convertido en hombre robusto. Pertenezia á la naturaleza de los titanes: cabeza enmarañada y espalda de Hércules. Era uno de los mas hermosos ejemplares de la humanidad.

Así como Octavio era hermoso por su nobleza y su gracia, así lo era Monjoyeux por su robustez y su audacia. Los dos tenian en un mismo grado la radiante belleza de la inteligencia.

Monjoyeux vivia en la miseria. No tenia ni taller ni teatro: representaba y esculpía á la aventura. La señorita Raquel y la señorita Brohan, le habian dado cinco mil francos por dos bustos, dos retratos: la Tragedia y la Comedia. Habia dado representaciones en Lion y en Burdeos, imitando los papeles de Federico. Hablaba de dar la vuelta al mundo. Entre tanto vivia hoy sin contar para mañana, sembrando á manos llenas la verdad y la paradoja, mientras sus amigos del club sembraban oro.

Aquellos aristócratas del *turf* se decian alguna vez uno á otro:

—Este cómico es simpático, mas nosotros no podemos ser los amigos de un cómico. Y con frecuencia no le conocian en la calle.

No hay que hacerse ilusiones: la cuestion no ha dado un paso desde Moliere. Luis XIV se dignó almorzar con el extremo de sus lábios, con el mas grande hombre de su reinado, para dar una leccion á sus esclavos. Almorzaria hoy Luis XIV, con Federico Le-

maitre? Unicamente la Iglesia ha abierto francamente sus puertas y su Campo Santo. La gente de gran tono solo recibe los comediantes el dia en que la comedia se representa en su casa.

Verdad es, que los cómicos no quisieran recibir en la suya á la gente del gran mundo.

Octavio no tenia estas preocupaciones; fuera de esto Monjoyeux era tan buen escultor como buen cómico. Daba con valor su brazo á Monjoyeux; le llamaba su amigo, y se batió una vez por una frase dicha en contra suya. Asi Monjoyeux decia: «En la vida y en la muerte debo ser fiel á un hombre que ha recibido una herida por mi, y que ha ocasionado otra en mi obsequio.»

—No soy vuestro amigo, soy vuestro leon, habia dicho á Octavio. Si algun dia vuestros enemigos caen bajo mi pata, ya vereis mis uñas!

XII.

EL CUARTO CON DOS CAMAS.

Octavio habia vuelto á Paris desde hacia ocho dias. Habia resuelto marchar al Perú, con el primer buque trasatlántico. Su maleta estaba ya dispuesta; habia dado su adios á sus cinco amigos y á sus quinientas amigas, sin que nada pudiese detenerle un dia mas en la capital de Francia.

Pero él no habia contado en un billetito que le llegó de Baden perfumado aun con los olores de la otra parte del Rhin y que exhalaba no se que perfume de Johannisberg. Decíase á Octavio que Baden estaba triste desde que se habia esparcido el rumor de que él no iria allí.

—Porque no he de ir á Boden? se preguntó Octavio: quizá allí me aguarda la fortuna. Baden ó el Perú lo mismo dá.

Aun nó he indicado bastante las singularidades del carácter de Octavio. Creia firmemente que en todas las cosas, el único servicio que se podia exigir de un amigo, era el de una moneda de cien sueldos, no para gastarla, sino para echarla al aire y jugar, cada

una de sus acciones, á cara ó cruz. El nunca faltaba á esta máxima. Para él la indecision era lo peor de todo: arruinaba la energía, arruinaba la voluntad, arruinaba la vida. Habia visto, siendo muy jóven, representar en un salon, la vieja comedia *El Indeciso*, en que el buen Valerio, flota constantemente entre Isabel y Celimena. Ya sé conoce el último verso de la comedia. En el momento de dirigirse á la Iglesia con Valerio, y esclama:

Sin duda mejor fuera
Unirme á Celimena.

Parisis, que solo contaba entonces doce años, gritó, en voz alta:

—«Porque no se casa con las dos?»

Luego que Octavio recibió la carta de Baden, echó al aire una moneda de cien sueldos.

—Si es cara, dijo, iré á Baden.

La moneda cayó de cara; el dios Azar habia hablado; Octavio obedeció.

Deseoso de no meter ruido, quiso llegar de *incógnito* y se dirigió allí sin equipages, decidido á arriesgar veinte y cinco mil francos y volverse, en caso de que el dios Azar se hubiese engañado.

Parisis llegó una tarde á Baden, el segundo dia en que se celebraban las carreras. En el desembarcadero, Saint Aymour le dijo que Violeta habia llegado pero que ocultaba su dicha con un ruso mas ó menos príncipe. Tambien ella habia llegado de incógnito.

No queriendo Octavio mostrarse á la luz del dia, bajó en la fonda de Francia, que, naturalmente, nunca es frecuentada por franceses. El dueño de la fonda, que comprendió en seguida que se trataba de un gran señor, le dijo que sentia mucho no tener á su disposicion un departamento. Octavio dijo que se contentaria con un cuarto; pero no habia nada, y todos los cuartos se hallaban ocupados.

—Buscad bien, dijo Parisis.

—Aguardad! exclamó el fondista; hay una señora que vá á marchar luego á Paris, y, ademas de esto, sino marcha, peor para ella.

—No sois muy galante, dijo Octavio; pero, en fin, esto no me importa: dadme este cuarto.

—Hay una pequeña dificultad: la señora en cuestion conserva aun la llave.

—Quien es esta señora?

—Es una señora muy conocida, segun creo; pero yo no la conozco, dijo el fondista con maligno acento.

—Donde está?

—En la ruleta; no dudo que estará allí, porque siempre pierde, y ya sabeis que la pérdida hace los jugadores y sobre todo las jugadoras. Ahora que recuerdo yo tengo una llave: aquella señora nada tiene que perder, toda vez que se lo ha jugado todo...

—Hasta el honor? preguntó Octavio, como si midiera un obelisco.

—Creo que sí. Voy á abriros la puerta.

—Perfectamente!

Octavio buscador siempre de aventuras, no dió ningun paso hacia atrás. Entró resueltamente en el cuarto de la dama.

—Dos camas! dijo. Diablo, cuanto lujo!

—Si, caballero, un verdadero lujo; pero, en honor de la verdad, he de aseguraros que la dama siempre ha dormido sola.

—Pero ahora mismo, vos dudabais de su virtud?

—Y dudo aun, caballero. Vos dudareis de ella al verla.

—Me es igual: el cuarto es muy bonito, se vé un paisaje desde la ventana y aquí hay el retrato de la reina Victoria y del rey de Prusia. En verdad que no esperaba tanta dicha.

El fondista iba á retirarse y dijo á Octavio.

Vuestro nombre, caballero?

—Cual es el caballo que ha ganado hoy el premio?

—Gladiador.

—Pues bien: este es mi nombre; ni una palabra mas.

Octavio se quedó solo, abrió su 'saco de noche, y echó aquí y allí, camisas, corbatas y pantuflas.

—Oh! oh! dijo, acercándose á la mesa de tocador: la dama es amiga del lujo: he aquí un atalage de muger como hay pocos. Di, pichona; quien te dió esto? Quizá es mio. Pero no hagamos locuras. Estoy cubierto de polvo hasta el punto de que siento como las yerbas germinan en mi garganta. Es indispensable una fuerte ablucion.

Octavio echó agua en una jofaina y sumergió en ella su cabeza.

En aquel mismo instante la dama entró en su cuarto, ó, mejor dicho, en el de Octavio.

Nadie la habia advertido: asi es, que su sorpresa fué tal, que se quedó sin palabra.

Al rumor que hacia la puerta al abrirse, Octavio se volvió con las megillas y las barbas chorreando.

—Ah! sois vos, señora? dijo con el acento mas tranquilo del mundo: celebro mucho el veros.

A la primera ojeada, Octavio juzgó que la dama era admirablemente hermosa.

—Si el fondista se habrá equivocado? se preguntó. Es bastante tuno para esto.

—Caballero, dijo la recien llegada, levantando su cabeza; supongo que la impertinencia no vá tan lejos quiero creer que equivocásteis la puerta.

—No, señora: ignorais tal vez que el Gran Duque acaba de dar un decreto? Todos los cuartos con dos camas, tendrán en lo sucesivo que estar habitados por dos viajeros.

—De unc y otro sexo? preguntó la señora, sin que pudiese contener la risa.

—Claro está. Que hay de malo en esto? Ya sabeis como yo, que la virtud no está en peligro, sino cuando busca el peligro,

La dama entró en el lleno de su dignidad.

—No he venido aquí, dijo, para que me enseñasen máximas de moral.

—Y yo, señora, no he venido aquí, para formularlas.

Al hablar así, Octavio había cogido su peine para echar al viento su barba y sus cabellos. Se había convertido en el hombre mas hermoso de su tiempo.

—Y ahora, señora, prosiguió, permitidme que os presente mi targeta.

—El señor duque de Parisis! exclamó la dama. Y bien: he aquí una razón de mas, para protestar contra el decreto del Gran Duque. Con un hombre cual vos, caballero, los cuartos con dos camas son ilusiones.

—No creia, señora, que se hubiese formado tan aventajada opinion de mí, al otro lado del Rhin. Sobre el Rhin aleman, solo se debe temer á los alemanes.

—Palabras, palabras, palabras. El fondista quizá se ha figurado que yo partia esta tarde; pero, á Dios gracias, me quedo.

—Porque, á Dios gracias? Tomaos la pena de sentaros, señora.

—Sois muy galante, caballero.

—Aquí hay dos sillones, segun podreis ver: podemos hablar tranquilamente.

—Cierto que hay dos sillones: no lo habia observado. Estoy bien alojada y puesto que seguiré ocupando este cuarto...

—A Dios gracias.

—Sí, á Dios gracias, caballero.

La dama colocó sobre la chimenea, dos cartuchos de oro.

—Esto es elocuente, dijo Parisis; me convengo, señora, de que teneis dos mil razones para permanecer aquí. Este cuarto os trae fortuna: sabeis porque? Porque yo estoy en él. Yo me llamo *Fetiche* por mi apellido materno.

—Caballero, tengo mis preocupaciones; pero no soy supersticiosa. Yo creo que no es muy decente el ocupar un cuarto con dos camas, con un desconocido, y por otra parte, creo que los hombres no traen dicha.

Y al decir estas frases la señora no pudo ocultar cierta espresion de melancolía que llegaba á la tristeza.

—Señora, yo hago un llamamiento á vuestro patriotismo: no echareis fuera de vuestro cuarto á un francés que se encuentra al otro lado del Rhin.

—Caballero, yo no creo en las fronteras; hé aquí porque os suplico que cojais vuestro sombrero y os dirijais á saludar á las señoras que hallareis en el salon de Conversacion. Allí vereis á la señorita Treinta y Seis Virtudes, á la señora Revolver, á la señora Rebecca, á la señorita Tornasol, á la Nueva Heloisa y otras hermosas de la edad de oro. Las Phrynés tienen tres juventudes.

—Tranquilizaos señora, soy un hombre bien nacido y nunca he violentado á las mujeres. Nunca en las amorosas luchas me he tomado mas de lo que han querido darme: este es el derecho de la guerra. Pero

ya que vos no quereis concederme hospitalidad yo me la tomo.

La dama fijó con curiosidad sus ojos en el duque.

—Os admiro, caballero; y creéis que yo me sujetaré pacíficamente á vuestra voluntad?

—Llamad, vuestros criados, señora, y yo llamaré los míos. Pero lo olvidaba: los dejamos en Paris y ambos viajamos de *incógnito*.

—Mis criados! caballero: son mi cólera, mi dignidad, mi pudor.

—Olvidais vuestra virtud, señora: quereis que la llame?

Octavio se quedó sorprendido al ver dos lágrimas en los ojos de aquella dama. Cogió sus manos y se las besó con respeto.

—Si os ofendí, señora, os pido mil perdones.

Sucede siempre que en el momento en que la mujer vá á echar fuera de la puerta á un hombre, se deja vencer si el hombre es hombre y la mujer es hermosa y tiene razon.

Octavio estuvo irresistible: habló tan bien, se mostró tan insensato, improvisó tantas frases, probó un amor tan repentino, que la dama se quedó por decirlo así, desarmada.

Firmaron un tratado en cuatro artículos como el que hay en el *Viaje sentimental* y en no recuerdo que comedia.

I.

El cuarto quedará dividido en dos hasta la media noche.

II.

El señor tendrá su cama, pero no tendrá el derecho de acostarse.

III.

Suceda lo que suceda, la llave estará siempre en la puerta.

IV.

El señor aspirará el aire en la misma ventana si la señora no está en ella.

Artículo adicional.

Hasta las doce de la noche, el caballero buscará en la ciudad otro cuarto ó una señora mas hospitalaria. Si no la encuentra á media noche, las partes beligerantes proveerán.

No bien se firmó el tratado cuando la dama se colocó en la ventana para indicar de un modo claro su derecho.

—Esto es, dijo Octavio, las mujeres nunca pierden un minuto para probar su despotismo.

Y se acercó á la ventana, bien como si le faltase el aire.

—Os veo venir, dijo la dama: la ventana es estrecha: conozco estos ardides.

—No dudo, señora, de vuestra ciencia universal. Las mujeres mas ignorantes han cruzado por debajo el árbol de su abuela. Adán no las enseñó nunca nada. Os gustan esos montes elevados?

—Mucho, caballero. Pero si quereis verlos mejor, id y pasead sus cumbres. No violemos la ley. He ve-

nido aquí para vestirme. Se acerca la hora de comer y gracias á vos no comeré.

—Ved lo que es la pasión, señora: yo también había olvidado la hora de comer y sin embargo Dios sabe si al llegar sentía apetito. Quereis comer conmigo, señora? Las más violentas pasiones no impiden que se coma.

—Gracias: ó como sola ó en la mesa redonda. Y os aseguro que no estoy más sola cuando como en la mesa redonda que cuando como en mi cuarto.

—Señora, dijo Parisis, tengo el honor de saludaros. Volveremos á vernos entre once y doce de la noche.

—Para decirnos, adios, caballero.

—Sí, será un adios eterno.

Y el duque de Parisis cerró la puerta murmurando.

—Que el diablo me lleve si comprendo esto; y sin embargo tengo buen golpe de vista.

Al bajar la escalera dió con el fondista.

—Y bien, le dijo! me habeis proporcionado una amistad singular; cómo se llama esta señora?

—La Señora de Marsillon. Tomad: su targeta está en la mesa de mi despacho.

Octavio miró la targeta.

—Una corona de marquesa! Debíais advertírmelo.

—Porqué, caballero?

—Porqué? Porque he buscado por los cuatro caminos y hubiese ido por el atajo.

El fondista, por malicioso que fuera, se hizo el desentendido.

Cinco minutos despues, Octavio encendió un cigarro y se dirigió á pastar—segun su frase peculiar—al salon de Conversacion, llamado así porque en él no se habla nunca.

Luego de haber dado veinte pasos se volvió y miró una de las ventanas del segundo piso, donde creyó que vería á la señora de Marsillon; pero no estaba allí.

Habia cerrado la ventana y miraba á través de la cortina.

El se puso de mal humor y ella contenta.

—Marsillon! Marsillon! decía el jóven entre dientes; yo conozco los Marsillon; es una buena familia de Tolosa; hay un Marsillon al servicio del papa. Quien sabe! quizá la marquesa mantiene algun zuavo pontificio!